

Habiéndose extinguido con Alejandro III la antigua estirpe de sus reyes, que había dominado desde 838 hasta 1286, los trece pretendientes, para evitar la guerra civil, se comprometieron con el rey Eduardo, quien, no como árbitro sino como señor supremo, se decidió á favor de Juan Ballieul (ó Baliol). Para hacerle sentir el peso del vasallaje, le llamó á su parlamento hasta seis veces en un año, á fin de que respondiese á los que habían entablado allí apelación: por lo cual Ballieul, creyéndose insultado, empuñó las armas, y trató con Felipe IV de Francia; pero habiéndole vencido Eduardo, se constituyó prisionero, fué puesto luego en libertad, y emigró á Francia, donde murió en 1314.

No hubo ya nada que impidiese á Eduardo someter la Escocia: hizo destruir los monumentos, los papeles de los archivos, los sellos antiguos, y trasladar á Lóndres la piedra en que se sentaban los reyes en la ceremonia de la coronación. Esta conducta, y el duro gobierno de sus dependientes irritó á la nación, de suerte que muchos huyeron á los bosques. Guillermo Wallacio, hombre de estatura gigantesca y de alma no ménos grande, incapaz de ceder á los trabajos, á las fatigas y á las desgracias, se puso al frente de los sublevados, y como muy práctico en el terreno, empezó la terrible lid de guerrillas, y aumentándose luego sus secuaces, atacó y derrotó á cuarenta mil Ingleses. Habiendo hallado los Escoceses entre los cadáveres al tesorero Cressingham, su opresor, le desollaron é hicieron de su piel sillas de montar y cinchas; y al poco tiempo no se encontró ya en Escocia ningún Inglés; al contrario, el botín de la Inglaterra Septentrional enriqueció á los rebeldes.

Si se hubieran mantenido unánimes, sin duda habrían acabado también con los cien mil guerreros que Eduardo condujo contra ellos; pero los lores tuvieron á ménos obedecer á un simple caballero; y Wallacio que, guiado puramente de su amor patrio, había aceptado la regencia, por considerarlo el puesto más peligroso, la renunció, conservando á su lado únicamente á los primeros que le habían acompañado en sus expediciones. De este modo se perdía la oportunidad de la defensa, que brindaba la naturaleza de aquellos lugares, pues la costa de la Escocia estaba tan despoblada, que se podía viajar por espacio de muchas horas sin tropezar con ninguna casa ni árbol. Los habitantes vivían á expensas de las comarcas vecinas; cuando se había consumido el botín de la última expedición, la dama presentaba á su esposo en el plato un par de espuelas, y él marchaba contento á hacer nuevas presas; tenían poca caballería y ningún bagaje; cada cual llevaba un saco de trigo y una marmita para cocerlo; entraban en Inglaterra, desaparecían, y era preciso buscarlos. Eduardo viajó muchos días en medio de lluvias y de nieblas, sin hallar más que ciervos y gamos;

y tuvo que ofrecer un presente considerable al que le indicara dónde se hallaban los enemigos. Habiéndolos encontrado en Falkirk, alcanzó contra ellos una sangrienta victoria, que puso de nuevo á la Escocia Meridional bajo el yugo de los Ingleses. Lord Gummy, que dirigía los negocios juntamente con el lord custodio (*steward*), imploró en vano el socorro de la Francia: en seguida acudió al papa Bonifacio, y este escribió á Eduardo manifestándole, que aquel reino desde muy antiguo pertenecía á la Santa Sede; pero Eduardo rebatió los argumentos, alegando que la soberanía de los reyes de Inglaterra respecto de Escocia se remontaba á los tiempos de Bruto Troyano, contemporáneo de Elías y de Samuel.

Los Escoceses, habiéndose quedado solos, guiados por Wallacio, hicieron frente á sus enemigos, y supieron vencerlos; pero al cabo les fué preciso doblar la cerviz. Entonces Eduardo abolió el antiguo traje nacional, reformó á su manera el estatuto del rey David. Wallacio, el único que no había aceptado el perdón, fué vendido por los suyos y ajusticiado en Lóndres como rebelde, aunque jamás había jurado fidelidad al rey; pero sobrevivió en la memoria y en los cantos de los Escoceses.

La causa de estos tuvo entonces por defensor á Roberto I Brucio, el cual degolló al lord Gummy, quien, participe de sus designios, los había revelado al rey: expulsó del país á los jueces reales, exterminó la tropas inglesas, y se hizo coronar. Pero se le opusieron los Cummin: Eduardo vistió doscientos setenta jinetes que, con la mano puesta sobre dos cisnes, prometieron vengarse, y él mismo juró que, si moría en la expedición, no quería que se le sepultase en sagrado hasta que su hijo hubiese vengado aquella sangre. Brucio fué vencido y obligado á sufrir hasta el hambre, en los asilos de donde salía de vez en cuando para alimentar la esperanza de sus parciales. Eduardo se disponía á sofocar del todo la independencia de Escocia, cuando murió en Carlisle, mandando que se prosiguiese la guerra, y que su féretro fuese llevado á la cabeza de los ejércitos.

Eduardo II, su hijo, con cien mil soldados, fué vencido en Bannockburn por treinta mil hombres, llenos de amor patrio; victoria que aseguró al valiente Roberto Brucio en el trono. Eduardo III marchó á reparar la vergüenza de su padre, al frente de sesenta mil Ingleses, y Brabanzones; pero los Escoceses, todos á caballo, sin bagajes, como es propio de países montuosos, alimentándose de la carne de los animales que encontraban y ablandaban dándoles vueltas en sus pieles, sin pan ni vino, fatigaban al enemigo con largas marchas. Habiendo sido derrotado Eduardo, celebró la paz con Brucio, y renunció á toda pretensión respecto de la Escocia, restituyendo la piedra de Scona, y prometiendo una hermana suya por esposa á David, presunto heredero.

Roberto murió al poco tiempo, y como no

había podido cumplir el voto de ir á Tierra Santa, ordenó que fuese llevado allí su corazón. Guillermo Dúclas partió con tal objeto; pero al atravesar la España, tomó parte en una batalla contra los Ingleses, y pereció.

Sucedíole David II Brucio, de edad de seis años; pero muchos señores ingleses, quejándose de que no se les habían devuelto las tierras confiscadas en la última guerra, proclamaron á Eduardo, hijo del rey Juan Ballieul, que sometió casi toda la Escocia, y se hizo coronar en Scona. David, contemplándose vencido, prestó homenaje del reino al monarca inglés, el cual, alegre de que se le presentase esta ocasión, le restableció en el trono. Mas los Escoceses, irritados porque cedía tantos dominios á su protector, le expulsaron del territorio, y la Francia dió pábulo á aquellas discordias. David cayó en manos de los Ingleses; pero Ballieul, lleno de una noble vergüenza, al verse reducido á ser mero instrumento de los Ingleses, abdicó en favor de aquel, y el rey de Inglaterra, ocupado en la guerra continental, restituyó la libertad á David por el precio de cien mil libras esterlinas, y una tregua de diez años. Á su muerte, el trono pasó á su sobrino Roberto II Stuard.

CAPÍTULO XXIII

Literatura.

Entre los Griegos, la familia de los Comnenos y de los Dúcas concedió nuevo favor á las letras. Constantino Dúcas declaró que preferiría la corona de la elocuencia á la del imperio; Eudoxia, su mujer, pondera la protección concedida en la corte á los eruditos; á Miguel se le señaló por maestro á Psello, cortesano astuto, el cual, orgulloso con el título de primer filósofo del siglo que le fué decretado, se apropiaba el de restaurador de la literatura oriental. Transmitió la misma presunción á su discípulo, haciendo de él un pedante que olvidaba las cosas importantes del gobierno por los pasatiempos de escuela, y que aspiraba á la fama de retórico, gramático y poeta, mientras que los musulmanes le arrancaban las perlas más hermosas de su corona.

En otro lugar hablamos de los historiadores bizantinos. Nicéforo Gregóras (1360) prodiga al emperador Andrónico elogios de una vileza indecible. «Vuestra voz tiene acentos tan suaves, que así como halaga al que la oye, sigue á los que la han oído, aun después de dejaros, adherida á sus oídos y á su memoria como el sabor de la miel á la lengua. Los prados, los pastos, los bosques resuenan con los gorjeos de los ciudadanos alados en la primavera; pero todas las estaciones disfrutaban de los atractivos de vuestra elocuencia, y toda la tierra es su teatro.» En seguida Orfeo, Néstor, Sócrates, Platon, Pericles, ofrecen comparaciones á porfía, y todos son vencidos por la suave

voz del emperador. «El canto de las sirenas se celebró mucho en otro tiempo, sin embargo go no se le podía oír sin peligro; pero cuando pronunciáis vos una arenga, lejos de taparnos los oídos con cera, sentimos que la naturaleza no haya formado todo nuestro cuerpo de oídos. ¿No aventajáis á Demóstenes en el orden y la fuerza, á Platon en la extensión y poder del genio? ¿A quién no habéis inspirado admiración más duradera que la que los oyentes de Sócrates concebían en el siglo del aticismo? Como las campiñas están cubiertas de lindas y variadas flores, así vuestros discursos se hallan adornados de los atractivos de la persuasión, de las gracias del espíritu.» ¿Qué hombre no hubiera arrojado lejos de sí, con desprecio, á tan vil adulador? Sin embargo, Nicéforo confiesa que estas alabanzas fueron para él el primer paso en la carrera de los honores.

Juan Zonaras escribió en un estilo desigual, y echa la culpa á haber tenido que copiar autores distintos, con los cuales trató de conformarse en sus adiciones. Nicéas Acominato procede con claridad, es elocuente, y á pesar de algún énfasis, narrador fácil, lleno de celo por las letras; sin embargo, exasperado por la caída del imperio, prorrumpe á veces en crueles inyectivas, no solo contra la falta de todo sentimiento de lo bello en los Cruzados (τοῦ λαοῦ ἀνεργαστοὶ Βάρβαροι), sino también contra su carácter moral. Ana, en la *Alexiada*, alaba ménos á su padre que á sí propia, y la misma ambición que la impulsó á desear el trono, la indujo á componer aquella obra meramente literaria, destinada á hacerla brillar en la persona de su padre.

Ciro Teodoro Podromo, convertido luego en fray Hilarion, que vivió á principios del siglo XII, además de haber cantado en verso la batalla de los ratones y las comadreja (*Galeomyomachia*), nos dejó en nueve libros de yámicos los *Amores de Rodante y Doriclea*, novela escasa de arte, y cuyos caracteres están mal desenvueltos. Sin hablar de otras muchas poesías y escritos sofisticos suyos, tenemos algunas composiciones satíricas, como el *Encanto de las vidas poéticas y políticas*, parodia de los *Filósofos en venta* de Luciliano, y principalmente el *Timarion ó de sus padecimientos*, donde el protagonista cuenta á un amigo lo que supone haber visto en el infierno, ya alabando, ya censurando á las personas; si no abunda en pensamientos finos y agudos, tampoco se le puede tachar de ampuloso, sinónimo entonces de elegante. Peor novela es la de los *Amores de Drosillo y Cariclea*, compuesta por Nicéas Eugenio en versos polífticos (1).

Miguel Olobolo era rector de los rectores de Santa Sofía en Constantinopla: habiéndole man-

(1) Es decir, de quince sílabas, sin observar la cantidad, con tal que tengan la cesura después de la octava, y el acento en la penúltima. Véase á BERINGTON, *Historia de la literatura griega*.

dado cortar la nariz Miguel Paleólogo porque mostró compasión hacia el infeliz Lascaris, se encerró en un convento; cuando se trató luego de reunir ambas Iglesias, intervino en el concilio de Constantinopla, é irritado de que el emperador no le hubiese señalado un puesto honorífico, se declaró contra la unión. El emperador le hizo prender con otros diez, y ordenó que se les llevase alrededor de la ciudad atados por el cuello y cubiertos de asquerosas tripas de carnero: aun así compuso muchos versos en alabanza del tirano.

4120-83. Á fines de aquel siglo, Juan Tzetzes tuvo la presunción de querer completar á Homero, componiendo tres poemas iliacos, que en mil seiscientos sesenta y cinco versos comprenden los sucesos antehoméricos, homéricos y posthoméricos. Escribió también en doce mil setecientos cincuenta y nueve versos políticos y en estilo pedestre una serie inconexa de hechos verdaderos y fabulosos, donde revela particularidades desconocidas en otras partes, y censura continuamente la ignorancia ajena; dejándonos sin embargo muy dudosos de que él tuviese de las obras mas noticia que la que le daban los comentaristas. En las *Alegorías homéricas* trató de buscar un sentido moral ó físico á las fábulas del poeta, cayendo á menudo en absurdos.

1198. Eustaquio, venerable por su juicio y su virtud, interpuso su elocuencia en favor de Tesalónica cuando fué tomada por los Sicilianos; en el *Cuerno de la abundancia* (Κέρας ἁμαθειας) comentó á Homero y á Dionisio Periegétes. Con modestia, rara entre sus compatriotas, dice que habia reunido tantos documentos, no para los doctos, sino para la juventud, ordenando lo que le habia parecido mas útil en los diversos intérpretes. No obstante, es obra completísima, bien ideada en el conjunto y rica en pormenores, uniendo á la moral la filología; tanta paciencia no podia inspirarla sino el entusiasmo hacia los antiguos, que no disminuyó la piedad cristiana del arzobispo comentarista.

Por simple conjetura colocamos en esta época á Suidas, autor del mas célebre glosario griego, compilacion de antiguos gramáticos, escoliastas y lexicógrafos, donde, no contento con la explicacion filológica, da noticias de los autores y de las obras, incluyendo tambien muchos extractos preciosos, aunque sin ninguna crítica.

Máximo Planude, monje de Constantinopla, enviado á Venecia por el emperador Andrónico el Viejo (1327), recogió las Fábulas de Esopo y la *Antología*; distinguiéndose entre sus compatriotas por haber buscado materiales aun fuera de la literatura griega. Fué el primero que introdujo los números arábigos en su patria: tradujo al griego el *Sueño de Escipion*, las *Metamorfosis* de Ovidio, la *Guerra de las Galias* de César, la *Consolacion* de Boecio, y otras obras.

Vese por lo que antecede, á qué pobres y escasas producciones estaban reducidos los que poseían no obstante todas las obras maestras

de los antiguos, y hablaban aun la mas culta y armoniosa de las lenguas.

Preséntase ahora un segundo periodo de la literatura armenia: hemos visto ya el primero en el siglo v, ilustrado principalmente por Moises de Koren. Despues del concilio de Calcedonia, los Armenios, separados de la Iglesia Católica, cesaron de crecer en civilizacion, se perdieron en cuestiones de palabras, y no tuvieron medio de instruirse en la escuela de los demas; sin embargo, no deben pasarse en silencio la reforma del calendario, hecha en el sínodo de Tovin, en 552, y algunos escritores clásicos, como Yeznac, Abraham Mamigonense, historiador del concilio de Éfeso, el himnógrafo Gomidas, el astrónomo Ananias Chiragús y el patriarca Juan Ozniense. En tiempo de los Págratidas pudieron los Armenios dedicarse mas tranquilamente al cultivo de las letras, y sobre todo traducir del griego, del siríaco y del árabe. En el siglo x se hicieron famosos Cosróes el Grande, que escribió clásicamente acerca del breviario y de la liturgia, y su hijo Gregorio de Nareg, autor de un comentario sobre el Cántico de los Cánticos, y de elogios en prosa poética.

Allí, mas que en ninguna otra parte, la ciencia era sagrada, pues vivian en monasterios, que hacian las veces de las universidades europeas; los de Sanahin, Halbat, Sevan y Krad tenian preciosas bibliotecas, y á todos excedia en fama el de Lázaro, próximo á Taru en la Grande Armenia. En el siglo xi Gregorio Machistrúos compendió en mil versos el Antiguo y el Nuevo Testamento, con tal maestría que el poeta árabe Mamucio, que sostenia no ser posible componer versos mejores que los del Corán; habiendo leído los de Machistrúos, se convirtió al Cristianismo. En Aristak Lastivertense se leen los acontecimientos armenios desde 989 á 1071, y sobre todo la devastacion de Ani, debida á Alp Arslan, en estilo puro y frecuentemente poético.

En la época de las Cruzadas se redoblaron los esfuerzos para reunir á los Armenios con los Católicos. Frailes dominicos y franciscanos fueron á predicar á aquel país; y si bien no se consiguió el fin, quedaron á lo ménos renovadas las relaciones con Europa, y en el siglo xiii, los monasterios de Garmir-Vank, de Iscevera, de Kedig, de Cantzassar cultivaron el latin al mismo tiempo que el griego y el siríaco. Entónces se aumentó la elegancia, y los Armenios colocan al nivel de los poetas de la antigüedad á Narses Clayense, que escribió el poema de *Jesus el hijo*, una elegía sobre la toma de Edesa, una historia de su país, sin contar otras obras ascéticas que le merecieron la dignidad de patriarca. Mateo de Edesa escribió una buena historia crítica desde 952 á 1132, que Gregorio Eretz continuó hasta 1136, de la cual pueden sacarse muchas noticias acerca de las Cruzadas. La crónica universal de Samuel Eretz alcanza desde el principio del mundo hasta el año de 1179, y luego fué continuada hasta 1337. El médico Mechtar

Armenios.

escribió los *Consuelos en la fiebre*. Mechtar Coss siguió de cerca á Esopo y á Fedro, y compuso ademas un cuerpo de derecho canónico.

En el siglo siguiente se aumentó el número de los que cultivaban la literatura, disminuyéndose el de los buenos escritores, y á nosotros nos bastará citar á Vartan el Grande, autor de una historia universal, que llega hasta el año de 1267, apoyada en buenos documentos; de comentarios á la Biblia; del *Libro de la zorra*, coleccion de fábulas, y de los hermosos himnos que aun se cantan (1).

Entónces principió la decadencia. Los literatos se dividieron en *hermanos unidos* y *datevienses*, opuestos en todo, ménos en el mal gusto y en el estilo incorrecto, é idólatras de los escritores antiguos mas medianos. Una jerga escolástica sustituyó á la lucidez clásica, y el descenso siguió cada vez mas rápido, hasta que con ayuda de los colegios armenios establecidos en Europa (2), aquella literatura volvió á escapar algunos rayos, que luego produjeron un nuevo día, cuando á la entrada del siglo pasado, el padre Mechtar, que habia nacido en Sebaste en 1676, fundó en Venecia la benemérita congregacion de San Lázaro, que publicó primero el diccionario armenio (1717), y despues la coleccion de sus escritores, desde el siglo iv hasta el xv, cuando las obras originales cesaron y la pureza se maleó con la mezcla de las naciones entre quienes vivieron dispersos. Los mas importantes son los historiadores, que ademas de darnos á conocer su país, no rico á la verdad en acontecimientos grandiosos, suministran muchas luces á la historia de los otros pueblos del Asia y de sus religiones.

Á excepcion de algun convento, el idioma griego era despreciado en el resto de Europa; pero en tiempo de las Cruzadas empezó á estudiarse para usarlo prácticamente, y aunque nuestros abuelos miraban con desden la elegante pedantería de los Bizantinos, sin embargo, se llevaron entónces á Europa algunos autores, como se llevaban reliquias. En tiempo de Felipe Augusto se abrieron escuelas para jóvenes griegos que habian entrado en la Iglesia Latina, á fin de hacer de ellos apóstoles en la Iglesia cismática. Borgondion, juez de Pisa, por comision de Eugenio III, y para los sufragios del alma de su hijo, tradujo al latin algunas homilias de San Juan Crisóstomo, las obras de Juan Damasceno y la *Naturaleza del hombre* de Gregorio de Niza.

Se estudió mas el árabe, del cual por lo regular vertian al latin las obras de los Griegos, ya ántes traducidas al armenio; mercancías de

(1) Las obras de los autores aquí citados se han dado á conocer en estos últimos años por medio de ediciones hechas en París, Venecia, Milan, etc.

(2) El de la Propaganda en Roma por Urbano VIII; el de Erivan en 1629; el de Lemberg en Galitzia, una imprenta en Venecia en 1565; en Roma en 1584, en Milan en 1624; en París en 1633; en Espana y Liorna en 1640; en Amsterdam en 1660; en Marsella en 1675; en Leipsick en 1680; en Padua en 1690, luego en Rusia, en Máras, etc.

tercera mano, y por lo mismo incorrectas é inciertas. Jacobo, clérigo veneciano, hacia el año de 1128, fué el primero que tradujo á Aristóteles del griego; pero ó no se divulgó su version, ó se perdió, hasta que Federico II mandó hacer otra nueva.

Sin embargo, no opinamos con los que quisieran presentar á la Europa como deudora de su renacimiento literario á los Árabes. Ya hemos hecho ver que las ciencias entre ellos se hallaban, si no descuidadas, á lo ménos extraviadas, lo que quizá es peor: su poesía, demasiado diferente de la de Europa, expresaba gloria y venganza, se dedicaba á celebrar familias y hechos parciales, y era por lo mismo especialísima, propia de los lugares y de los tiempos, y mucho ménos fácil de trasladar á otros sitios y á distinta época. Indudablemente proceden de la Persia y de la India las *Novelas árabes*, uno de los primeros libros que vinieron á Europa con las fábulas de Bilpai, y como en razon de su comun origen, la mitología persa sobrevivia en parte en la mitología del Norte, ambas se encontraron y se alegraron de ello, como dos hermanos despues de una larga separacion.

Se equivocan, pues, los que pretenden derivar de una sola literatura y de una misma lengua el origen de todas, pues ya en otro lugar hemos visto cómo en los varios pueblos adoptaron distintas formas las novelas caballerescas. La grande escuela era la Iglesia, y esta existia en todas partes, dando el latin al clero, la caballería á los soldados, el Evangelio al pueblo, los idiomas vulgares á los legos.

Nadie, de seguro, espera oír graciosas modulaciones á la musa latina; sin embargo, le sirvió de mucho el pulimento que en los claustros habia adquirido este idioma; de modo que se encuentran escritores mas puros y de un estilo mas precioso que algunos de la decadencia del imperio. Las cartas de Guillermo el Conquistador, y mas aun las de Gregorio VII, están escritas en una lengua robusta; la crónica de Lamberto de Haschaffenburg peca mas bien de afectacion que de rusticidad; los dramas de la monja Hroswitha tienen cierto sabor á Terencio (1); los escritos procedentes de las cancellerías de Maguncia y de Bamberg, en las disputas entre el imperio y el sacerdocio, son vigorosos, precisos, y á veces elocuentes, y tampoco carecen de belleza los sermones de San Bernardo, y la correspondencia de Abelardo y Eloísa.

Tenemos poemas y pasiones del Britano Marbod, que escribió ademas un tratado de las piedras preciosas. El Inglés Pedro de Riga, versificador en extremo fecundo, puso en verso el Antiguo y el Nuevo Testamento, y lo recopiló en disticos, que en la primera division carecen de la *a*, en la segunda de la *b*, y así sucesivamente hasta la *z*, trabajo improbo, en que le ayudó Egidio, clérigo de Paris, el cual le dió cima. En tiempo de Ricardo I, Nigel, fraile de

(1) Véase el tom. III, pág 637.

Cantorbery, escribió el *Brunel* ó *Espejo de los Locos*; Eberardo de Bethun una prolija poética, uniendo á las reglas ejemplos de toda clase de metros y combinaciones de rimas. Galfrido Vinesauf (*De vino salvo*), Normando de Inglaterra, escribió tambien otra en dos mil ciento catorce versos, los primeros de los cuales, dirigidos á Inocencio III, muestran su pésimo gusto (1).

Hildeberto, arzobispo de Tours, escribió la vida de Santa María Egiptíaca, el orden de la misa, el martirio de Santa Ines, elegías á Roma, á su hijo y á la creación del mundo, que no son del todo malos. Juan Egidio, Griego de nacimiento y de estudios tambien griegos, escribió sobre el arte de saludar, y mil quinientos veinticinco versos acerca de las alabanzas y virtudes de los compuestos médicos (2).

Enrique de Settimello, reducido á la pobreza por el obispo de Florencia que le envidiaba un rico beneficio, cantó su infortunio en la elegía *De diversitate fortunæ et philosophiæ consolatione*, en cuatro libros mezuquinos, y que sin embargo alcanzaron tal fama, que en vida del autor se leían en las escuelas. Tambien versificó Pedro Comestor (3), y un poeta, aun peor que él, le escribió el epitafio (4).

Lorenzo, diácono de la iglesia de Pisa, cantó con discreta cultura la expedición de sus compatriotas á las islas Baleares en 1114. Otros refirieron empresas de sus respectivos tiempos, rudos cronistas que querían crearse una nueva dificultad, la del verso.

Entre los mejores ingenios de aquella época se cuenta Alano Escoto ó Siculo, llamado el *doctor universal*, que presidió muchos años la

(1) Papa stupor mundi, si dixerit papa NOCENTI
Acephalum nomen tribuam tibi: si caput addam
Hostis erit metri: nomen tibi vult similari.
Nec nomen metro, nec vult tua maxima virtus
Claudi mensura, nihil est quo metiar illam,
Transit mensuras hominum. Sed divide nomen.
Divide sic nomen: IN præfer, et adde NOCENTI,
Efficiturque comes metri: sic et tua virtus
Pluribus æquatur divisa, sed integra nullis.
Egregius sanguis te confert Bartholomæo;
Mite cor Andrea; pretiosa juventa Johanni;
Firma fides Petro; perfecta scientia Paulo.
Ista simul nulli. Superest de dotibus una,
Quam nulli fas est attingere, gratia linguæ.
Augustine tace, Leo papa quiesce, Johannes
Desine, Gregori subsiste. Quid eloquar omnes? etc.

(2) Así se lee en LEISER.

(3) Pedro Comestor, queriendo alabar á la Virgen María, canta:

Si fieri posset quod arenæ pulvis et undæ,
Udarum guttæ, ros, gemma, lilia, flammæ,
Ætera, cœlicolæ, nix, grandio, sexus uterque,
Ventorum pennæ, volucrum, pecudum genus omne,
Silvarum rami, frondes, avium quoque plumæ,
Ros, graminæ, stellæ, pisces, angues et aristæ,
Et lapides, montes, convalles, fera, dracones,
Singula lingua forent, minime deprimere possent.
Petrus eram, quem petra tegit: dictusque Comestor:
Nunc comedor; vivus docui, nec cesso docere
Mortuus, ut dicat qui me videt incineratum:
Quod sumus iste fuit, erimus quandoque quod hic est.

(4) Petrus eram, quem petra tegit, dictusque Comestor:
Nunc comedor; vivus docui, nec cesso docere
ortuus, ut dicat qui me videt incineratum:
Quod sumus iste fuit, erimus quandoque quod hic est.

escuela de Paris, y luego entró en los Cistercienses, donde desempeñó los oficios humildes. Fundándose en que Claudiano contra Rufino introducía los vicios para pervertir á este, mientras que él introduce las virtudes para hacer feliz al hombre, intituló *Anticlaudianum* una de sus obras, rica en conocimientos y en ingenio, mas de lo que podia esperarse de aquella época.

El culto tributado al latin perjudicaba á la poesía y á la filosofía: á esta, porque la separaba de la senda trillada á la sazón, envolviéndola en un idioma extraño y muerto; á la poesía, porque las formas antiguas comunicaban vetustez á los pensamientos, prefiriéndose á las expansiones espontáneas, las reminiscencias, ademas de que, traduciendo alteradas las leyendas de los pueblos invasores, dejó perder los originales, como sucedió con Jornandes y con Pablo Warnefrido. Es verdad que el latin era todavía general en Europa, como lengua culta, y siguió hasta que prevalecieron los nuevos idiomas, siendo provechoso que existiese uno comun á todas las personas entendidas de la época, con el cual se conservasen las tradiciones del buen gusto y del arte exquisito.

Pero ya empezaban á desarrollarse los nuevos idiomas vulgares, para expresar ideas y sentimientos nuevos. En otro lugar hemos examinado su formación, y hemos visto dilatarse el provenzal en una brillante poesía (1); al mismo tiempo ó poco despues adquirían tambien una literatura las otras lenguas, ya procedentes del latin, ya del germánico, y las mas de ellas elegían la poesía para hacer sus primeros ensayos.

Bien puede ser que entre los Latinos, así como habia una lengua hablada diferente de la escrita, existiese juntamente con una poesía métrica, esto es, medida por tiempos, otra rítmica, cuidadosa tan solo del número de las sílabas. Tales eran quizá los fesceninos, delicia de la plebe, tales los pasquines (2); tales nos parecen algunas estrofas del emperador Adriano (3), difíciles de ajustar á las medidas conocidas. Habiendo decaído el gusto y la delicadeza de oír y hablar latin, ya no se buscó mas que en el sonido, como lo hemos visto en versos de autores eclesiásticos (4) y en himnos de la Iglesia, fáciles para el canto, pero rebeldes á la prosodia; la medida se varía, teniendo siempre en cuenta las sílabas, no su cantidad.

(1) Véase el libro XI, cap. 11 y 28.

(2) « Gallias Caesar subegit, Nicomedes Casarem, etc. »
Suet. in J. Cæs.

(3) « Ego nolo Florus esse, etc. »
Y tambien el conocidísimo epigrama:

Animula, vagula, blandula.

(4) Véase el libro VII, cap. 22. En Fabretti leemos este epitafio:

Nome fuit nomen; hæsit nascenti Cosuccia,

Utraque hoc titulo nomina significo.

Vixi parum, dulcisque fui dum vixi parenti;

Hoc titulo tegor, debita persolvit;

Quique legis titulum, sentis quam vixerium parum,

Hoc peto nunc dicas: Sit tibi terra levis!

Poesía italiana.

La rima daba realce á su tosca y rastrera baja. Los clásicos griegos y latinos la conocieron y evitaron (1), notándose á veces en ellos tal acumulación de consonancias, que no es posible atribuir las á inadvertencia (2). Agradaron luego al declinar el latin, y al principio la cadencia semejante no se buscaba sino en la última sílaba ó en las dos últimas de las voces esdrújulas (3), hasta que se exigió que fuesen iguales todas las letras que siguiesen al acento tónico. Estos versos se denominaron leoninos, nombre derivado, segun algunos, de Leon, benedictino de San Victor en Paris, que vivió hacia el año 1190; pero estaban en uso mucho antes (4). La rima se adoptó en todas las lenguas romances, como ya la tenían los Árabes y los pueblos del Norte, cuyo ejemplo la divulgó quizá en Europa, sin que por eso haya de decirse que ellos la enseñaron.

En los clásicos latinos será fácil encontrar la forma de los versos italianos siempre que no se atiende á la cantidad; los hay de cinco, seis, siete y ocho sílabas, de donde resultó que se aumentasen las combinaciones y se aligerase el movimiento cuando se destinaron al canto eclesiástico (5). El verso heróico italiano trae su origen de los endecasílabos antiguos, ó del sáfico

(1) Homero: Ἐσπετε νῦν, μοῦσαι Ὀδύπειαδ' ἔχουσαι.

Son muy frecuentes las rimas en los poetas griegos, especialmente en el *Edipo en Colona*, y en las *Traquinias* de Sófocles.

Virgilio: Trajicit. I verbis virtutem illude superbis.

Cornua velatarum obvertimus antennarum.

Ovidio: Quot celum stellas, tot habes tu Roma puellas.

Propertio: Non non humani sunt partus talia dona:

Ista deum mentes non peperere bona.

Horacio: Non satis et pulchra esse poemata: dulcía sunt,

Et quocumque volent animum auditoris agunt.

No se acabaría nunca, si se quisiesen citar todos los casos análogos. La primera oda de Horacio está casi toda rimada con rimas imperfectas.

(2) Como en los conocidos versos de Virgilio:

Sic vos non vobis fertis aratra boves, etc.

Y en estos de Emnio que cita Ciceron: *Tuscul.*:

Hæc omnia vidi inflammari,

Priamo vitam vitari,

Jovis aram sanguine turpari.

(3) Así San Columbano:

Differentibus vitam mors incerta surripit;

Omnes superbos vagos mæror mortis corripit.

(4) Muratori halló en un antifonario beneventoense del siglo VII VIII los siguientes versos de rima correcta:

Vere regalis aula — variis gemmis ornata,

Gregisque Christi caula — Patre summo ser vata.

Pedro Damian en 1033 usaba rimas perfectas é imperfectas:

Ave David filia — sancta mundo nata,

Virgo prudens, sobria — Joseph desponsata.

Ad salutem omnium — in exemplum data

Supernorum civium — consors jam probata.

En otra parte

O miseratrix — o dominatrix — præcipe dictu

Ne devastemur — ne lapidemur — grandinis ictu.

(5) Fra Jacopone de Todi compuso esdrújulos de cinco sílabas:

Cur mundus militat sub vana gloria,

Cujus prosperitas est transitoria?

Tam cito labitur ejus presentia

Quam vasa figuli que sunt fragilia, etc.

ó del yambo hiponacio (1): se usó mucho en los siglos de la baja latinidad (2), exhortándose los soldados en esta clase de verso, en 900, á custodiar las almenas de Módena. Se atribuye la invención del verso decasílabo, desconocido de los Latinos y los Provenzales, á maese Honesto de Bolonia (3).

No hay necesidad, pues, de ir á buscar entre los Provenzales las formas de la poesía italiana, aunque se les deban las canciones de versos desiguales y rimas cruzadas, terminadas por un envío, como las de Petrarca, y la fatigosa forma de las sextinas antiguas y de las baladas, donde se reproduce á cada intervalo dado, ya el mismo verso, ya la misma palabra. Su soneto era diferente de los Italianos, de los cuales el mas antiguo se atribuye á Pedro delle Vigne (4); despues fijó sus reglas Guido de Arezzo, que, segun se pretende, fué el primero que empleó los versos de ocho sílabas. La invención de la octava se atribuye á Boccaccio (5), de la cual la sextina moderna no es mas que una mutilación. Los primeros poetas de Italia gustaron mucho de los tercetos, desde que los usó maese Brunetto en el *Patafio*.

La Sicilia oyó los acentos de la musa italiana en boca de Pedro delle Vigne, de Federico II, de Enzo y Manfredo, sus hijos, que á menudo salían de noche por las calles de Barletta cantando estrambotes, y con ellos iban dos músicos sicilianos, que eran grandes romanceros (6). « Ciullo de Alcamo y Mazzeo de Ricco parecen haberles precedido, como tambien Jacobo de Lentino, cuyo estilo es mas castigado. En la misma época cultivaban la poesía los Toscanos, y omitiendo hablar de los dos Bonagiunta, de Chiaro Davanzati, Salvino Doni y Guido Orlandi, á quienes se nombra solamente por haber sido los primeros, citarémos á Dante de Majano, que

(1) Dulce et decorum est pro patria mori. HORACIO.
Jam satis terræ nivis atque didæ. Id.
Ibis liburnis inter alta navium. CATULO.
Phaselus ille quem videtis, hospites. Id.

(2) Walfrido Estrabon, en el siglo IX canta:

O rerum Sator omnium tremende,
Dum penas crucis innocens luiti,
In quo nihil nisi reperis ruinam, etc.

(3) La partenza che fo dolosa
E penosa — più ch'altra m'ancide,
Per mia fide a voi da bel diporto.

La partida que á mi dolorosa,
Y penosa — me hiere de muerte,
Os divierte — lo creo, á fe mia.

(4) Se encuentra en Allacci, *Poeti antichi*, como tambien otros dos de Cecco Nuccoli de Perusa, con tres tercetos.

(5) Antes de él tenemos la octava en Tibaldo, conde de Champaña, ap. PASQUIER, *Recherches de la France*, Paris, 1617.

Au rinouviu de la doulsour d'été
Que reclaircit li doit à la fontaine,
Et que son vert bois, et verger, et pré,
Et li rosiers en may florit et graine;
Lors chanterai que trop m'ava grevé,
Ire et esmais, qui m'estau cuer prochainé:
Et fins amis a tort acoisonnez,
Et moult souvent de léger effrétez.

Tambien se la encuentra entre los Árabes.

(6) *Novelle antiche*, 20.